

¿A quién hemos de creer? Siempre resultará que hay un dignatario de la Iglesia que miente.

Con esto no queremos decir que sólo en el campo de los defensores del milagro haya mentiras. También se acusa al abate Deleon de ser un calumniador. Ciertamente es que no se queda atrás en los mentis, pero falta saber quién miente. En cualquiera hipótesis, es un ungido del Señor. Y esos hombres que mienten, que calumnian, pretenden tener una misión divina para predicar la verdad; ¡son sacerdotes que enseñan la moral a nuestras hijas y a nuestras mujeres! Hé aquí un hecho más grave que el falso milagro, puesto que no es obra de tal malvado ó de cuál visionario, sino que es la Iglesia la que está de por medio; ella reclama el monopolio de la moral, y sus ministros, unos á otros, se dan los mentis más sangrientos en materia de cosas santas.

N.º 5.—*La explotación de la necedad humana.*

## I

El obispo de Grenoble ha pronunciado un juicio doctrinal sobre el hecho de la Saletta: después de haber invocado al Espíritu Santo y la asistencia de la Inmaculada María, decide "que la aparición de la Santísima Virgen á dos pastores, el 19 de Septiembre de 1846, lleva en sí misma todos los caracteres de la verdad, y que los fieles están fundados al creerla indudable y cierta." "Y para demostrar á Dios, continúa el obispo, y á la gloriosa Virgen María nuestro vivo reconocimiento, autorizamos el culto de Nuestra Señora de la Saletta; permitimos predicarla..." Monseñor prohíbe á los fieles y á los sacerdotes pronunciarse públicamente contra el milagro y contra el culto que le celebra, y en una segunda pastoral añade: "Desde el origen del cristianismo, rara vez ha tenido un obispo que proclamar la verdad de una aparición de la augusta Madre de Dios; esa dicha nos la reservaba el cielo, sin que la hayamos merecido personalmente... Es una misión infinitamente honrosa la que hemos tenido que desempeñar, un deber sagrado que debíamos cumplir, so pena de una resistencia culpable á los deseos del cielo," (1).

(1) *Pastorales* del 19 de Septiembre de 1851 y 1.º de Mayo de 1852 (*Histoire de Notre-Dame de la Salette*, p. 230, 240, 242).

Cuando se pone tal entusiasmo de superstición enfrente de la realidad de las cosas, se aflige uno de la irracionalidad humana. ¡La más estúpida de las apariciones, el más necio de los prodigios consagrado con un culto! ¡La obra de la locura y del fraude impuesta á las conciencias como una verdad, como una emanación del cielo! Pero no nos quejemos tanto de nuestra razón; si para ilustrarla y fortalecerla se emplease todo el celo que se emplea en cegarla y falsearla, no se verían pastorales como la de monseñor Bruillard; es, por lo tanto, de la Iglesia de quien debemos quejarnos. ¡Qué opinión se puede formar de la instrucción que da á sus ministros, cuando se ven obispos que elevan hasta los cielos la aparición de una loca y el galimatías que relata á dos mozos, cómplices ó engañados! Se dirá que un obispo no es la Iglesia; cierto que no. Pero preguntemos al papa qué es lo que piensa de la Saletta.

Acerca de esto también tenemos las afirmaciones más contradictorias. El papa no ha pronunciado un juicio formal respecto de la aparición; pero eso no quita, dice el obispo de Grenoble, para que el santo padre haya dado á la devoción de la Saletta la aprobación más auténtica (1). Otros afirman que él no cree en la Saletta, y que aconseja á los obispos franceses que van á verle que dejen olvidar el milagro (2). Por lo menos, el papa debe tener dudas, puesto que nunca ha aprobado el milagro por medio de una declaración formal, y toda vez que ha encargado al sucesor de M. Bruillard que examine de nuevo el hecho de la Saletta. Sin embargo, Pio IX, como dice el obispo de Grenoble, ha colmado de favores espirituales la devoción de la Saletta. Esto nos confunde á nosotros los profanos é ignorantes en nuestra calidad de librepensadores.

¡Cómo! ¡El papa cree que la Señora de la Saletta es una loca ó una intrigante, por lo menos tiene dudas, y declara privilegiado á perpetuidad el altar mayor de la iglesia de la Saletta! (3). ¡Es decir, que hasta el fin del mundo, las misas celebradas en el altar cuyo nombre recuerda una necedad y una impostura tendrán el privilegio de sacar las almas del purgatorio! ¡Cómo! ¡El papa no quie-

(1) AMADRO NICOLÁS, *la Salette devant la raison*, p. 201.

(2) *Edinburgh review*, Julio de 1857, p. 21 y siguientes.

(3) Breve del 24 de Agosto de 1852 (AMADRO NICOLÁS, *la Salette*, p. 320).

re aprobar el milagro de la aparición, y de su consagración á todas las prácticas supersticiosas que la aparición ha engendrado! Se establece una cofradía en el santuario dedicado á Nuestra Señora de la Saletta: no hay cofradía que prospere sin indulgencias, porque en la piedad católica siempre hay alguna especulación, ¡y el papa concede una indulgencia plenaria á los miembros de una asociación que adoran una aparición falsa! Y cuenta que ganan esa indulgencia plenaria al entrar en la cofradía, y á su muerte adquieren el poder de transmitir aquellas indulgencias á las almas del purgatorio, como se endosa una letra de cambio (1).

¡Cómo! ¡El papa no cree en la Saletta, se niega á aprobarla, y, sin embargo, prodiga los dones celestes cuya dispensación le ha confiado Dios á los que asistan á los sermones de los misioneros de la Saletta, misioneros cuya institución tiene por objeto el propagar la nueva superstición! ¡El papa no aprueba el milagro y ayuda á difundirlo! ¡Y da la remisión de sus pecados á los peregrinos que en cualquier día del año visiten el santuario de la Saletta! (2). Y ¿qué es lo que atrae á los peregrinos? La fe en el milagro. El papa no cree en el milagro, y ayuda á llevar allí á todos los que tienen pecados que purgar.

¡Cómo! ¡El papa no cree en el milagro, y cuando la Saletta llega á ser objeto de un vil tráfico, cuando los misioneros de la Saletta venden las cruces, las medallas, las capillitas fabricadas por explotar la necedad humana, el papa les permite bendecir esos instrumentos de la superstición, y todo para procurar la salud espiritual de los fieles! (3). ¡Y el papa, que no cree en la Saletta, no ve que empuja á los fieles á que crean en ella!

¡Cómo! ¡El papa no cree en la aparición, no la aprueba, tiene dudas, y permite, sin embargo, á petición del supersticioso obispo de Grenoble, celebrar con una misa solemne la memoria de la aparición de la Madre de Dios en la Saletta! (4). Por de pronto, nuestra razón queda confundida y sin poder comprender nada de la moral católica. El papa,

(1) Breve del 26 de Agosto de 1852 (NICOLÁS, *la Salette*, página 324 y siguientes).

(2) Breve del 3 de Septiembre de 1852 (NICOLÁS, *la Salette*, páginas 327-329.)

(3) Breve del 7 de Septiembre de 1852 (NICOLÁS, *la Salette*, página 330).

(4) Breve del 2 de Diciembre de 1852 (NICOLÁS, *la Salette*, página 337).

vicario infalible de Dios, dice al clero y á los fieles: "Yo no creo la aparición de la Madre de Dios en la Saletta; pero os permito, sin embargo, festejarla con el solemne sacrificio de la misa." Debe haber en esto alguna sutileza teológica, alguna distinción ó alguna restricción mental escondidas. Pero ¿cree el papa que los fieles que asisten á una misa autorizada por él y con el nombre de la Saletta se pararán en tales sutilezas, suponiendo que las conozcan?

El papa estaba, pues, de acuerdo con el obispo de Grenoble para recomendar la piadosa devoción á los fieles, y también se puede decir que no estaba de acuerdo. ¿Qué hizo el episcopado? Monseñor Bruillard, viejo octogenario, más decrepito de inteligencia que de cuerpo, ese prelado que había comprometido la autoridad episcopal aprobando todas las farsas religiosas que antes de la Saletta se habían representado en sus diócesis, ese digno protector del nuevo milagro, murió en medio de su gloria y de la incredulidad de su rebaño. Su sucesor no tuvo la fortaleza de desaprobado lo que se había hecho, pero su pastoral disminuye la importancia de la piadosa devoción. Se puede levantar, dijo, un santuario á la Saletta, en honor de María, sin que sea absolutamente necesario ni infaliblemente cierto que el milagro fuese verdad: los obispos no son infalibles, y los juicios que pronuncian no tienen más que el carácter de la probabilidad (1). ¡Qué doctrina tan cómoda! ¡Con que basta que un viejo de escaso talento, dominado por sacerdotes ambiciosos é intrigantes, apruebe una superstición, para que ésta pueda propagarse impunemente al amparo de una simple probabilidad! Véase si teníamos razón en hacer á la Iglesia responsable de los errores que ella protege y explota.

Lo que los obispos de Grenoble encontraban probable, otros lo consideraban más que dudoso. Monseñor de Digne, siendo ya arzobispo de París, hablaba un día, en Octubre de 1853, con monseñor Ginoulhiac, el nuevo obispo de Grenoble, acerca de la aparición de la bella Señora: "*La Salette, le dijo, ¿no es la obra de monseñor Rousselot?*" (2). La confesión es preciosa. En efecto, los milagros

(1) *Pastoral* del 4 de Noviembre de 1854 (NICOLÁS, *la Salette*, página 198).

(2) *La Salette devant le pape*, p. 150.

se hacen por mano del hombre, y basta para ello un espíritu de intriga y de cálculo; basta que ocupe una silla episcopal un viejo chocho ó que no haya salido nunca de la infancia intelectual para fabricar un milagro; y muy bestias habían de ser los fabricantes de milagros para que no dieran alguna probabilidad á su obra en presencia de los devotos que sólo están deseando creer en lo imposible. ¿No se habrán fabricado de este modo todos los milagros?

En 1858 se celebró un sínodo provincial en Reims, la antigua metrópoli de los Galias, á cuyo sínodo concurrieron más de ciento cincuenta eclesiásticos. El cardenal arzobispo se pronunció contra el culto excesivo que se rinde á la Virgen. Es preciso, dijo, que no supere al que se rinde á Jesucristo. Es preciso que no se olvide que María es una criatura que recibe todas sus prerrogativas de Dios. En cuanto al milagro de la Saletta, monseñor Gousset dice que aun no había pasado la cuarentena. La frase es singular; ¿será que, en concepto del docto cardenal, aquel milagro fuese una especie de peste? Añade que muchos arzobispos y obispos de Francia no creían en la verdad de tal milagro y no creían que creyesen los fieles. En su consecuencia, el arzobispo prohíbe exhibir la imagen de Nuestra Señora de la Saletta á la veneración de los fieles en las Iglesias; no reprueba la devoción á Nuestra Señora de la Saletta, pero no quiere autorizarla por temor de legitimar la superstición que á ello va unida (1).

Hay otro testimonio más importante aún contra la piadosa devoción, y es el del arzobispo de Lyon, en cuya provincia se fabricó el milagro. En el momento mismo en que la nueva superstición se esparcía por el mundo católico, el cardenal arzobispo publicó una pastoral sobre los pretendidos milagros que se hacían á su alrededor: "Prohibimos, dice monseñor de Bonald, publicar desde el púlpito sin nuestro permiso la relación de un hecho milagroso, aun cuando su autenticidad estuviese afirmada por un obispo extranjero. Y no daremos nuestra autorización, sino después de haber consultado al soberano pontífice y de haber recibido de él un rescripto que fuese para nosotros una garantía de la verdad del milagro. En dos ó tres pa-

(1) *Journal historique et littéraire*, tomo XXV, página 331 y siguientes.

rruquias, los señores curas se han permitido leer desde el púlpito la pastoral de un obispo de otra diócesis alusiva á un milagro sin habernos consultado para ello, y ese acto es irregular," (1).

Hé aquí una doctrina más severa que la de monsieur Ginoulhiac. El cardenal arzobispo no se contenta con una simple probabilidad para autorizar la celebración de un hecho milagroso; quiere la certidumbre, y esa certidumbre la busca en Roma, en la autoridad de la santa sede. Pero ¡ah! en el momento en que monseñor de Bonald apelaba al papa contra la superstición que invadía la Francia, Pío IX hacía llover los dones celestes sobre los que practicaban la piadosa devoción, así como sobre los que la explotaban. Hay, pues, una corte que ama la superstición, porque es la superstición, es la corte de Roma, es la santa sede, origen y fundamento de la verdad, en la creencia de los católicos. No hay que admirarse por tanto si la fábula de la Saletta, á pesar de lo necia y grosera que es, ha sido acogida con entusiasmo, cultivada y explotada en la muy ortodoxa Bélgica.

En 1.º de Mayo de 1852, el obispo de Grenoble publicó una pastoral en que se felicita de las numerosas adhesiones del episcopado que ha recibido: "Ocho días después de la publicación del juicio doctrinal autorizando el culto de la Saletta, le hacía traducir en flamenco el venerable obispo de Gante y lo extendía por toda la Bélgica," ¡Y se acusa á nuestros obispos de que no aman las luces! Cuando el papa creyó conveniente enriquecer la piadosa devoción con sus dones celestes, el obispo de Gante se apresuró á erigir la cofradía de Nuestra Señora del Amparo de la Saletta; aprovechó la primera parroquia nueva que erigió para dedicar la iglesia á Nuestra Señora de la Saletta; y por último, la cofradía ha sido inaugurada solemnemente con una novena á la que asistió el nuncio apostólico (2). ¡Dichosos Belgas que brillan siempre en primera fila entre los pueblos religiosos!

Tenia Brujas la fortuna de poseer un prelado, gran teólogo, y nuevo evangelista del dogma de la Inmaculada Concepción, y monseñor Malou, que tanto ha hecho en favor de la piadosa creencia, no podía dejar de dar su apoyo á la piadosa devoción. Las religiosas peregrinas de Ipres, habien-

(1) SABBATIER, *Causa de la Saletta*, p. 179.

(2) *Histoire de Notre-Dame de la Saletta*, p. 244, 270.

do proyectado celebrar una novena dentro de su capilla en honor de Nuestra Señora de la Saletta, el obispo de Brujas les escribió el billete siguiente: "Permitimos que las religiosas celebren en su oratorio una novena en honor de la Santa Virgen, bajo el título de Nuestra Señora de la Saletta, exhibiendo en ella una imagen que represente la milagrosa aparición." La imagen hizo furor con sus medias amarillas y sus rosas de tantos colores. Nuestros piadosos Flamencos concurrieron en montón: la dichosa novena, dice la superiora del dicho convento, no tiene fin. ¡Pero también qué bendición para la ciudad de Ipres! "Desde últimos de Mayo, escribe la superiora, época de la inauguración de esta dulce devoción en Bélgica, ha caído una lluvia de gracias sobre las comarcas en que existe y aun más allá," (1).

Los Walones tuvieron envidia de los Flamencos: la cosa no era para menos; Ipres tenía una imagen de Nuestra Señora de la Saletta; ¿Lieja quiso tener una estatua. ¿No se erigen estatuas á los grandes hombres? Pues ¿qué no se debe hacer con la Reina de los cielos? En los primeros días del mes de Mayo de 1855 se veía en los muros de todas las iglesias el siguiente anuncio en gruesos caracteres:

#### IGLESIA DE LA SANTA CRUZ

ASOCIACION DE NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO  
DE LA SALETTA

"El jueves 17 de Mayo tendrá lugar la solemne bendición de la estatua de Nuestra Señora del Amparo de la Saletta, por monseñor de Montpellier, obispo de Lieja."

La *Gaceta de Lieja* nos decía que la estatua reproducía exactamente la imagen expuesta en la nueva iglesia de la Saletta. Monseñor la consagró, y predicó el milagro desde la cátedra del Espíritu Santo (2).

Los Belgas gustan de lo pintoresco; ya hemos dicho cuántas imagenes milagrosas de la Virgen hay en nuestra afortunada patria. Desde 1852 se

(1) *Histoire de Notre-Dame de la Saletta*, p. 271-273.

(2) FRANCISCO JOSÉ, *el Milagro de la Saletta* (Bruselas, 1855), página 20.

exhibe una nueva imagen, primero en las capillas de las comunidades religiosas, solícitas siempre por extender la religión; era esa imagen la de una mujer vestida de un traje blanco, con un extraño peinado, con una especie de rebocillo guarnecido de rosas, un delantal amarillo y medias del mismo color, llevando una cruz de cuyos extremos colgaban de un lado unas tenazas y del otro un martillo; á los pies de la Virgen se veían un joven pastor y una joven pastora. ¡La Bélgica tenía una imagen más! ¡Qué bendición! También la señorita Lamerliere debe ser feliz. Héla aquí inmortalizada en el traje de su invención; hé aquí adorada á la piadosa loca. Las que más esparcen el culto de la bella Señora de las medias amarillas por todas las parroquias son las monjas Claras y las Recoletas. Monseñor Malou tiene razón en decir que está en moda la devoción á la Virgen. En Gante hubo, en poco tiempo, más de siete mil personas inscritas en la cofradía de Nuestra Señora del Amparo (*Réconciliatrice*); en San Nicolás hubo más de diez mil. Estos detalles los tomamos de un folleto publicado con la aprobación eclesiástica, y bajo el título de *Historia de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Saletta*, en el cual se lee: "La devoción á Nuestra Señora de la Saletta es actualmente general en nuestra querida patria. En todos los rincones de la católica Bélgica se levantan santuarios á Nuestra Señora del Amparo... ¡Qué de conversiones, qué de gracias, hasta temporales, qué de milagrosas curas se han verificado en todos los parajes donde se ha establecido la archicofradía de Nuestra Señora de los Alpes!"

Se dice que los extranjeros envidian nuestra libertad; no saben que tenemos otra cosa más preciosa, la devoción á la Virgen de la Saletta. A bien que dentro de poco la piadosa devoción habrá dado la vuelta al mundo. Pío IX ha dotado á Inglaterra de un episcopado católico, y los nuevos obispos tomaron á pechos el acreditar su celo religioso extendiendo el culto de la Saletta. Monseñor Ullathorne, tan docto como piadoso, según se dice, hizo una peregrinación á la montaña santa; el ir á la Saletta está en moda en vez de subir al Calvario, y el digno obispo volvió entusiasmado de su expedición.

Cuando los obispos dan el ejemplo, no hay que admirarse de que los simples fieles y todos los que gustan de viajar hagan una peregrinación á la Sa-